

XVI Certamen Cartas de Amor Villa de Mijas (2011)
Primer Premio: “Adorada Natasha”
de Isaac Díaz Vega

....., a 10 de marzo de 2.011.

Adorada *Natasha*:

Te escribo estas líneas desde la celda en que me hallo recluido desde hace varios días, sin que nadie me haya informado aún del motivo de mi detención. Haciendo uso, una vez más, de tu sensatez e intuición, me aconsejaste que no aceptara la corresponsalía en un país tan peligroso como éste pero, de nuevo, no seguí tu consejo. No me permiten contactar con alguien de la Embajada, y es muy probable que esta carta –que, sin duda, será leída por algún intérprete afín a estos rebeldes- llegue demasiado tarde a tus manos como para que puedas buscar ayuda. Sólo con tu recuerdo y el de las niñas puedo soportar estas horas de miedo y tedio. Me consuela saber que, en caso de que algo grave me sucediese, nada os faltaría en el futuro.

En este momento, mientras comienza el ocaso de esta calurosa jornada, estoy rememorando el día en que te conocí. Doy gracias a la Fortuna por ello a diario. Aquella mañana, una límpida luz modelaba la textura de los hermosos óleos y tejidos de terciopelo que adornaban mi habitación, asemejándola a una escena *vermeeriana*. Frente a él, impenetrable y desafiante, se mostraba una extensa llanura bañada por un río sinuoso y de profuso caudal, custodiado por una hilera interminable de abedules. Apenas había dormido la noche anterior, y me deleitaba con el sonido tenue de un adagio mientras redactaba algunas páginas, después de que las musas me hubieran retirado sus favores durante demasiado tiempo. Las paredes laterales estaban cubiertas por sendas estanterías repletas de libros. Aquel lugar era el refugio ideal entre tanta vulgaridad. Esa mañana de verano, tenía previsto visitar la biblioteca principal situada en las afueras de la ciudad, con el fin de indagar en ciertos manuscritos de los siglos XVIII y XIX, necesarios para continuar mi labor. Tras desayunar unas tostadas, decidí dar un largo paseo por la ribera del río. Recorrí varios metros hasta que vi a una chica que parecía meditar mientras lanzaba piedras al río y tarareaba una melodía. Me acerqué a ella y, tras presentarme, le pedí permiso para sentarme. Mientras hablábamos, pude contemplar los rasgos de la joven con detenimiento. Lo que me había llamado la atención en primer término eran sus hermosos ojos; después, su boca, delicadamente perfilada, que configuraban en perfecta armonía, junto con su bonita nariz, un rostro angelical. La palidez de su rostro permitía pensar que debía de vivir en alguna ciudad poco soleada. Pero, sobre todo, resultó ser muy inteligente y sensible. Transcurrida casi una hora de conversación, nos despedimos sin más, convencidos de que volveríamos a encontrarnos por la zona. Se llamaba *Natasha* y estaba de vacaciones con su familia. Vivían en un país lejano y frío. ¿Lo recuerdas, amor mío?

La biblioteca se hallaba asentada en una antigua casa palaciega medieval, y estaba dotada de dos amplios y diáfanos patios flanqueados por bellas columnas de pálido mármol y estatuas de trazado clásico en sus esquinas. En la estancia reservada a los investigadores de textos antiguos sólo quedaba una plaza libre. Tras acreditarme, comencé a analizar aquellos libros que guardaban alguna relación con el argumento de mi nueva obra. Se habían consumido ya un par de horas allí cuando decidí bajar a la planta baja en busca de la máquina de bebidas que había visto a mi llegada. Mientras bajaba por las escaleras, miré casualmente hacia mi derecha en la segunda planta, hacia el lugar en que se disponía una de las varias salas dedicadas al estudio, cuyas puertas de acceso estaban permanentemente abiertas. Nunca te he contado esto: al fondo de la sala, en una mesa pequeña y en compañía de otras dos chicas, te encontrabas tú, concentrada en un libro. Había un asiento vacío junto a ti. Seguías absorta en tus pensamientos, por lo que no te percataste de mi maniobra. Cogí un libro al azar y me senté a tu lado. Con disimulo, observé de reojo el libro que

estabas leyendo, que resultó ser una novela de *Hesse* llamada “Narciso y Goldmundo”. ¿Lo recuerdas, verdad? En uno de los párrafos de la página de la izquierda pude leer, por azar, lo siguiente: *Eres bella y quisiera que supieses que ello me complace...* Tú continuabas inmersa en la lectura, al tiempo que una inefable sensación se iba adueñando de mí, sin que pudiera dejar de deleitarme al contemplar tu rostro. En un momento inesperado, levantaste la cabeza y miraste hacia el frente, como si estuvieras asimilando alguna reflexión, alguna idea recogida en aquella obra, para volver a ensimismarte en la lectura. Tu mueca fue muy graciosa y adorable. Parecía que nada podía llamar tu atención. Consciente de ello, y como gesto de respeto, opté por levantarme y marcharme sin interrumpirte, embelesado aún por la presencia de aquella joven de hermosos ojos, aunque, antes de abandonar el lugar, me dirigí al empleado para preguntarle sobre la frecuencia con que ibas por allí. Averigüé que estabas yendo desde hacía menos de una semana todos los días por la mañana. El funcionario también me comentó que había sido afortunado al haber encontrado un asiento vacío, ya que, desde muy temprano, todas las localidades quedaban ocupadas, lo que ocurría también con las reservadas a los investigadores.

Gracias a mis contactos, obtuve un pase especial para poder pernoctar en la biblioteca para el estudio, si bien la idea de que podría guardar así dos asientos contiguos, uno de ellos para ti, *Natasha*, luz de mis días, fue determinante para mi petición. El guardia de seguridad y yo nos conocíamos desde la infancia, lo que propició que la camaradería reinara durante la noche. Concentrado en la lectura de ciertos libros, las horas transcurrieron sin que la vigilia hiciera mella en una constitución tan frágil como la mía, quizá porque me hallaba en un estado de excitación inusual desde que te había conocido. El guardián debía de estar realizando la ronda en algún piso superior cuando un ruido seco, proveniente de una sala situada al final del pasillo, me sobresaltó. Asomé timorato la cabeza, mas no había rastro de vida, al menos humana, a lo largo de aquel corredor. Sin embargo, aquel sonido se repetía de modo irregular. Con un valor insólito, recorrí el pasillo hasta situarme frente a la puerta de la misteriosa sala. La puerta cedió sin resistencia a mi empuje y...Allí estabas, entusiasmada con la lectura de un libro voluminoso. Sin duda, contabas con la complicidad del guarda. Leías bajo la tenue luz de una lamparilla de mesa, y el gesto de satisfacción que tu boca dibujaba ponía de manifiesto cómo estabas disfrutando del momento. Levantaste tu bello rostro y, sin mostrar miedo ni sorpresa por que no se tratara del guardián, me sonreíste y saludaste.

- ¿Qué lees? – te pregunté con naturalidad.

- Esta antología de Bécquer, que incluye poemas que aún no he leído – respondiste, entusiasmada, ya que siempre te ha apasionado su poesía.

Podía apreciarse el fulgor del deleite en tus ojos. El guarda se asomó, sonrió y prosiguió su ruta.

- ¿Sabes que he reservado una silla para ti junto a la mía para mañana? – te pregunté con tono tímido, ¿te acuerdas, cariño?

- No esperemos a mañana. Ven, siéntate a mi lado y leamos juntos – dijiste.

Elegí una obra de *Gide* y comencé a leer a tu lado, si bien nuestras miradas se cruzaban a menudo. A los pocos minutos, acercaste tu silla un poco más a la mía, colocaste tu mano sobre la mía y la apretaste con dulzura. No las separamos en lo que restó de noche.

* * *

Imagino ahora que tiro de tu mano y te atraigo hacia mí para poder rodearte entre mis brazos y disfrutar de tu presencia por última vez.

Ángel de amor, prométeme algo: si no regreso a España, muestra esta carta a las niñas y cuéntales la historia de cómo nos conocimos cuando crezcan, y cuánto nos hemos querido. Quizá les sirva para aprender que el amor puro y eterno es posible...

Siempre tuyo, Marcel.